

LOS LÍMITES DE LO DECIBLE Y LO PENSABLE EN *LA BUSCA DE AVERROES*

Sebastián Sayago

sebasayago@yahoo.com.ar

Mi propósito es tomar el cuento de Borges como un ejemplo de las fronteras de la formación discursiva y de la formación ideológica. La primera noción pertenece, claro, a Foucault (1968, 1969) y la segunda, a Pêcheux (1969, 1975).

Brevemente, la **formación discursiva** es el espacio constituido por reglas históricamente variables que fundan las condiciones de posibilidad de una serie indeterminada de enunciados. Estas condiciones de posibilidad restringen la formación de los objetos y las operaciones de los enunciados producidos en cada momento. Hay, entonces, un límite para lo que se puede decir. En el siglo XII (para mencionar un período que nos acerca al protagonista del cuento), el enunciado “En el aire hay oxígeno” o “El hombre comparte el 95% de su ADN con el chimpancé” o, dicho de un modo más grosero, “El hombre desciende del mono”, eran simplemente *indecibles* (el último caso es el más interesante de los tres, en tanto desde mucho tiempo antes de Darwin había lenguas que poseían expresiones para referirse a los conceptos “hombre”, “descender” y “mono”, pero sus hablantes *no podían* combinarlas en enunciados dotados de una validez pragmática general –y menos, por supuesto, en el sentido darwiniano).

Contradiendo el rechazo de Foucault a las categorías propias del marxismo, Pêcheux (acaso para demostrar que las condiciones de posibilidad habían variado y que ya se podía decir otra cosa) esboza un modelo de organización social en el que las formaciones discursivas están incluidas dentro de **formaciones ideológicas**. Estas son conjuntos complejos de actitudes y representaciones sociales referidas más o menos directamente a posiciones de clase en conflicto. *Mientras las formaciones discursivas determinan lo que puede y debe ser dicho, las formaciones ideológicas determinan lo que puede y debe ser pensado.*

No hay una correspondencia unívoca entre una y otra. Una formación discursiva puede contener más de una formación discursiva y, además, se pueden producir desajustes, es decir, puntos de exterioridad relativa entre unas y otras. Por un lado, puede haber cosas que sean pensadas (o, mejor, intuitas), pero que no puedan ser dichas e, inversamente, cosas que, aun siendo dichas, no pueden ser pensadas (al menos, no como verosímiles).

Del otro lado de lo que se piensa conscientemente, sostiene Pêcheux, se extiende la zona del *olvido*: allí reside eso que nunca se ha sabido pero que, en ocasiones, se intuye y que, por esta razón, interesa tanto como amenaza.

Se entenderá mejor ahora cuál es la idea de este trabajo: concebir la actividad de Averroes como *un intento de exploración de los límites de ambos tipos de formaciones*.

La primera pista para esta lectura aparece expresada con claridad en el segundo párrafo:

Pocas cosas más bellas y más patéticas registrará la historia que esa consagración de un médico árabe a los pensamientos de un hombre de quien lo separaban catorce siglos...

Más allá de las dificultades intrínsecas del protagonista, de su ignorancia del siríaco y del griego y del hecho de que trabaje sobre una traducción de una traducción, la brecha entre su visión del mundo y la de Aristóteles no se mide solo en años. Involucra diferentes creencias, tradiciones, intereses, predisposiciones y, por supuesto, diferentes lenguas (y la lengua es una prototeoría ontológica de cada comunidad de hablantes). En otras palabras, ambos pertenecen a distintas formaciones ideológicas.

La segunda pista está dada por la inquietud que en Averroes provocan las palabras “tragedia” y “comedia”. Transformación mediante, estas dos expresiones están a punto de ser incorporadas a la formación discursiva en la que se inscribe el filósofo árabe y constituyen un punto de exterioridad en relación con la formación ideológica de la sociedad islámica a la que pertenece. La tarea de traducción le permite (¿lo obliga a?) decir cosas que no pueden ser pensadas todavía.

Entonces, como ahora, el mundo no solo era atroz sino también dinámico. Abulcásim, que había viajado por diversas partes y conocido otras culturas, dijo algo que podía ser escuchado (sus enunciados respetaban los criterios de adecuación gramatical y pragmática), pero no pensado.

La tercera pista consiste en el modo en que se presenta lo desconocido: como una intuición persistente y amenazante:

-acaso sugiriendo que la fe impide percibir lo nuevo, el narrador menciona que Averroes se dice “(sin demasiada fe) que suele estar muy cerca lo que buscamos”;

-cuando Abulcásim cuenta las escenas de teatro que presencié, leemos: “Nadie comprendió, nadie pareció *querer* comprender” (la defensa de la ignorancia -o del olvido, en términos de Pêcheux- puede ser vista como un precario recurso para la preservación de la identidad);

-lo desconocido puede ser conquistado en un proceso de sucesivas aproximaciones, tal como Averroes *prefigura* las “remotas razones” que Hume expone seis siglos más tarde;

-el temor de lo desconocido es comparable con el temor de la infinitud espacial y física que hace sentir tan vulnerable al filósofo árabe.

La última pista sobre la que llamaré la atención reside en la presencia del agua en el cuento. Esta es asociada a la vida y al saber. Se podría especular que lo desconocido es una inconmensurable extensión de agua, que constantemente conmueve y erosiona los pilares de nuestra subjetividad a la vez que nos mantiene vivos, concientes de la precariedad de nuestra existencia:

-el “atareado Guadalquivir” mantiene con vida a la ciudad de Córdoba;

-Aristóteles es el “manantial de toda filosofía”;

-mientras Averroes realiza su trabajo escucha el “rumor de una fuente”;

-se siente orgulloso de poseer un valioso ejemplar de un libro enviado desde un puerto, Tánger (y un puerto comunica la tierra con la vastedad desahogada del mar);

-el nombre de ese puerto le recuerda a Albucásim, quien será el encargado de decirle lo que no puede o no quiere pensar;

-la experiencia teatral que relata este viajero fue vivida “donde el río del Agua de la Vida se derrama en el mar”;

-uno de los invitados a la cena, Abdalmálik, asegura que es absurdo que un hombre celebre el agua de un pozo teniendo ante sus ojos el Guadalquivir;

-desde la perspectiva científicista de nuestra formación ideológica, se puede pensar que ponderar la tradición (lo conocido) por sobre la novedad es valorar el saber almacenado en una vasija por encima del saber todavía por conquistar, infinito e incontenible como el mar.

Para finalizar, utilizaré un poco de humor político. Averroes (hablo ahora del personaje *real*, el que sirvió de base para la ficción borgeana), durante algún tiempo estuvo al servicio del califa de Marruecos. Fue acusado de herejía y deportado. Su olvido, la imposibilidad de ver el mar ante sus ojos puede estar vinculado, entonces, con el sentido de supervivencia: por persistir en decir lo que ya podía ser pensado, a Mariano Moreno lo tiraron al mar (y no precisamente, al de la sabiduría).

Referencias bibliográficas

Borges, J.L. [1949] 1974. “La busca de Averroes” en *El aleph. Obras completas*. Buenos Aires, Emecé.

Foucault, M. [1968] 1983. "Contestación a *Esprit*" en O. Terán (ed.) *El discurso del poder*. Buenos Aires, Folios Ediciones: 64-87.

----- [1969] 2002. *La arqueología del saber*. Buenos Aires, Siglo Veintiuno.

Hume, D. [1739] 1977. *Tratado de la naturaleza humana*. Madrid, Editora Nacional.

Pêcheux, M. [1969, 1975] 1978. *Hacia el análisis automático del discurso*. Madrid, Gredos.